





EL ECO



David Gómez Durá

# EL ECO



Primera edición: abril de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© David Gómez Durá

ISBN: 978-84-17362-24-9

ISBN digital: 978-84-17362-25-6

Depósito legal: M-5352-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España





# 1

En un momento dado del viaje, el sonido amodorrante de la tracción del vehículo lo sumió en un estado de duermevela. La transición se produjo de manera imperceptible: una exhalación y las imágenes de realidad se desvanecieron para dar paso a formas imprecisas y resplandecientes.

Su deseo inmediato al despertar fue no haberlo hecho nunca. Aunque no retenía detalles precisos, todavía persistía en el fondo de la mente la huella de algo sublime e inalcanzable. Y sin embargo, estaba seguro, en el sueño lo había creído tangible como la tela rugosa del asiento acolchado en el que ahora hundía las uñas.

El mundo pasaba al otro lado del cristal deslucido. Huertos, palmeras y oliveros de hojas caídas. La fría luz de un cielo encapotado apagaba el verdor de los campos de cultivo. En cada extremo del carril figuraban varios paneles acristalados con pintadas de grafiti. Al no fijar la vista, las graffías indescifrables y los grotescos dibujos se fundían en una estela multicolor sobre el pálido escenario. Tampoco prestaba atención a la emisora de música clásica que había seleccionado al azar con la radio del móvil. La realidad había quedado en un segundo plano, ensombrecida.

Aturdido a causa del temblor de la ventana, apartó la frente del cristal y dejó que su mirada revoloteara por el interior del compartimento como una abeja solitaria en un campo marchito.

Se encontraba en el último vagón de un CIVIS con destino a Orihuela. Una serie de razones lo habían llevado a decantarse por la parte de atrás. Para empezar, el silencio allí era tan solo

interrumpido por el suave traqueteo de las ruedas sobre los rieles metálicos y, al ser un vagón poco espacioso, el calor artificial de los radiadores abastecía sin problemas cada rincón. Además, como por lo general los pasajeros evitaban el vagón del final debido al olor a tabaco, que por algún motivo era más perceptible allí, uno podía disfrutar de un pitillo sin levantar sospechas.

Mientras se esforzaba en recordar lo que había soñado, el tren iba reduciendo gradualmente su velocidad. Al poco estacionó con un estrépito en la penúltima parada, las compuertas se abrieron y un grupo de adolescentes entraron armando un gran escándalo. Por un instante, las risas enmarañaron sus pensamientos. No sabía exactamente el por qué, pero las encontraba intensamente irritantes.

Sacudió la cabeza y siguió rememorando detalles inconexos del sueño; cuanto más vívida fuera la reconstrucción mental de las imágenes oníricas, más lejano y débil se tornaría el crudo palpito de la realidad.

Somnoliento, cargó al hombro la mochila y se encaminó hacia la salida más próxima. Una mujer anciana del compartimento contiguo lo examinó sin disimular su curiosidad y dejó la revista que estaba leyendo sobre el regazo.

—Joven, debería saber que el tren se demora mucho más en esta parada que en las anteriores —le dijo—. Se lo digo porque muchas veces me he levantado del asiento esperando a que se pusiera en marcha y el cacharro no se movía. El revisor sabe de lo que hablo.

—Ya, es porque tienen que dejar una vía disponible.

No le importaba aguardar de pie, cargando con el lastre de su mochila, el tiempo que fuese necesario. Hacía mucho que la comodidad había dejado de ser una cuestión determinante en su vida, y estaba sobradamente acostumbrado a la espera: había sido su estado natural en los últimos tres meses. Sin embargo, lo que Diego esperaba en aquella borrascosa y gélida tarde de primero de diciembre no era exactamente el destino de llegada.

—Debería sentarse y descansar, cielo —insistió la mujer, arqueando sus cejas con suspicacia. Diego pensó que probablemente creyera que estaba bajo el influjo de algún estupefaciente; no era la primera vez que se veía envuelto en una situación similar. La mención del revisor no debía ser casual—. ¿Te encuentras bien? Pareces a punto de desmayarte.

—Estoy perfectamente, señora —contestó de manera cortante.

Enardecida por el tono de la respuesta, la mujer dedicó el resto del viaje a pasar bruscamente las páginas de la revista y a proferir en voz alta maldiciones. Diego la ignoró. Cerró los ojos, arrugó la frente e intentó rescatar más fragmentos brillantes de la oscuridad. Pero fue una tarea inútil. Una densa barrera de humo se había interpuesto entre el mundo de los sueños y la realidad.

Dándose por vencido, apoyó la espalda en el frío pasamanos de hierro y apretó los puños hasta que las uñas quedaron grabadas en la carne.

Contrario al pronóstico de la mujer, el tren no se aletargó demasiado aquel día; tan pronto hubo entrado el último pasajero, hizo sonar el pitido que advertía del cierre automático de compuertas y retomó la marcha.

Fue entonces cuando el cambio aconteció de la forma más imprevista. En cierto punto del último tramo del recorrido, la emisora de música clásica que había sintonizado al azar comenzó a emitir una suave melodía instrumental. Era el Canon en re mayor de Pachelbel; nueve años atrás, en los fríos talleres prefabricados del instituto donde se impartían las clases de Cultura Musical, había copiado la partitura en su libreta de pentagramas, aunque el recuerdo de su primera escucha permanecía envuelto en las brumas de la memoria. A diferencia de muchos otros clásicos, que había terminado aborreciendo como resultado de un trabajo impuesto, el Canon de Pachelbel no le desagradaba en absoluto. Al escucharlo le embargó una melancolía reconfortante.

El inicio con el órgano siempre le hacía evocar la misma escena: un grupo de pomposos aristócratas tomando el té en el centro

iluminado de un teatro barroco. A veces el escenario aparecía decorado con flores rojas esparcidas por el suelo.

«Tres violines, un cello y ocho notas musicales. Cuesta creer que una de las piezas más reutilizadas en la música contemporánea cayera en el olvido durante siglos».

Estaba tan absorto en la visión que la voz del locutor se integró en ella como si procediera de los labios de uno de los aristócratas:

«Al final, igual que una flor nace de entre las ruinas de la guerra, la belleza siempre encuentra la manera de hacerse un hueco en el mundo».

A Diego le sobrevino el extraño pensamiento de que la música fluía de un plano ajeno a la realidad, como si proviniera del mismo sueño del que había sido arrebatado minutos antes. De un paraíso lejano de manchas informes de luz y sonoridades acuosas.



## 2

A la mañana siguiente, Diego despertó pasadas las diez. Lo primero que vio al abrir los párpados fue una pared desnuda, pintada de azul cielo, en la que se reflejaban los haces del sol matinal: la pared de su cuarto.

Alargó la mano hacia ella y la palpó. Reconoció el ritual que de niño solía poner en práctica para ahuyentar los malos espíritus de la noche. Con el dedo índice trazaba primero un recorrido por las zonas iluminadas. Mientras lo hacía, Diego se imaginaba a sí mismo como una planta que drenara poco a poco un charco de agua estancada a través de sus raíces; al finalizar, su habitación quedaba exorcizada de todo mal y colmada de paz y seguridad. Luego proseguía por las zonas donde no incidía el sol, en las que todavía perduraba la umbría fresca nocturna: la huella, el recordatorio de que las criaturas de la oscuridad nunca desaparecían del todo.

Permanecían agazapadas y en silencio, a la espera del momento propicio para actuar. Lo sabía porque en cierta ocasión había visto una con sus propios ojos, tras una minuciosa tarde de observación a un punto fijo en el techo. Escudado en la certeza de que al amanecer se tornaban diminutas e insignificantes como manchas de hollín, no había dado lugar al temor esa vez; bien sabía que su turno de volverse diminuto e insignificante llegaría más tarde, cuando las sombras camparan a sus anchas en las ocho esquinas de su cuarto y no quedara otra que correr a cobijarse bajo las sábanas.

El miedo a la noche, soterrado en sus años de adolescencia, renació con fuerza insospechada en el transcurso del segundo año de



carrera. Aun a día de hoy seguía teniendo problemas para conciliar el sueño. Era, sin embargo, un temor singular el que lo desvelaba, un temor que poco tenía que ver con el crujido del armario y el silbido del viento al embestir las ventanas. En la espesa oscuridad que se concentraba a su alrededor a altas horas de la noche, el único sonido que tenía cabida era el de sus pensamientos. Una maraña de frases incoherentes, alaridos y ecos chirriantes en la que se abismaba conforme pasaban las horas. Y allí, sumido en la más densa negrura, presa de un ánimo embriagado de sombras y licor, contemplaba lo que a la luz del día resultaba inconcebible. Solo entonces, temeroso de sus propias cavilaciones, trataba de aferrarse al mundo material como un naufrago se aferra a un leño a la deriva en un mar tempestuoso.

Pero la tarde anterior, estaba seguro, había debido de producirse una profunda perturbación en el orden natural de las cosas. Un sutil desgarró en el cosmos, a través del cual discurría ahora una brisa nueva y perfumada revitalizando el mundo conocido. No obstante, por experiencia sabía también que lo más prudente era mantenerse reticente al respecto. Cabía la posibilidad de que el cambio que había operado la música en él fuera un estado previo a otra fase no necesariamente mejor. Así que, sin albergar más esperanza que la necesaria para combatir el insomnio, sin demorar un segundo en observar las luces de la ciudad, se había dirigido con mucha cautela hacia su antigua casa, como si temiera que, al dar un paso en falso, el suelo pudiera resquebrajarse bajo sus pies.

Sacó de un cajón unos vaqueros, arrancó de la percha una camisa y comenzó a vestirse mientras examinaba receloso a su alrededor. Se alegró de que su madre hubiera tenido el detalle de no relegar sus cosas al desván. Allí seguía su lámpara de lava fosforescente, la alfombra de felpa y el aparatoso paragüero de latón con el que todo el mundo se tropezaba al entrar. En la estantería reposaba la trilogía de El Señor de los Anillos, los seis tomos de la saga original de Dune y aquella colección de historias navales que nunca había llegado a ojear pero cuyos lomos dispuestos en orden forma-

ban la ilustración de un mar plumizo que hacía un bonito contraste con el marrón envejecido de los estantes. El póster de *Apocalypse Now* todavía pendía de la pared, al igual que el marco con el puente de San Francisco a carboncillo y el escudo bicolor que había comprado en el mercadillo medieval. Y ocultos en un baúl de mimbre tapiado se almacenaban algunos de los recuerdos más preciados de su niñez: dinosaurios de plástico, robots transformables y los DVD de los clásicos animados de *Walt Disney*.

Todo estaba en orden. Todo estaba donde tenía que estar, y al mismo tiempo todo presentaba un cariz novedoso, como si el mundo hubiera sido revestido con una tenue capa de lustre.

Resultaba tentador sucumbir a la emoción. Se había forzado a creer que, al despertar, todo retornaría a su aborrecible normalidad, que la resaca del nuevo día desvanecería las febriles ensoñaciones de la noche. Sin embargo, el ánimo de Diego no había decaído ni un ápice. En su pecho burbujeaba la emoción de la aventura. De modo que se enfundó su abrigo y, olvidándose del desayuno, decidió salir fuera a explorar.

Algo lo detuvo en seco al pie de las escaleras del vestíbulo. La luz se filtraba por los tres rectángulos acristalados de la puerta principal y arrancaba destellos cegadores por doquier. Se concentró en el tacto liso de la madera del pasamanos y descendió los últimos escalones, acompañado por el sonido amortiguado de sus pasos sobre la moqueta. El silencio lo engulló al poner los pies en el vestíbulo.

La superficie refulgente de los espejos laterales del corredor lo obligó a bajar la cabeza al suelo, donde la luz parecía penetrar en el interior del mármol pulido. Desde fuera le llegó un rastro de realidad: un rumor mecánico, tal vez la maquinaria de una grúa en plena faena. Pero siguió con la cabeza gacha, avanzando lenta e inexorablemente, hasta que la manivela de bronce entró dentro de su campo de visión. En un instante de vacilación la tanteó con los dedos.

Una parte de él guardaba la firme certeza de que todo lo que experimentaba no era real y que, de un momento a otro, despertaría en el último vagón del viejo CIVIS. Caminar por largos pasillos terminados en puertas, una escena recurrente de sus malos sueños, no podía ser de ningún modo un buen presagio.

«No lograrás hacerla ceder».

Tomó aire, giró la manivela a un lado, empujó la puerta y cruzó el umbral. Diego aguardó un rato a que sus ojos se acostumbraran a la luz. El suelo, que momentos antes le había parecido frágil como una fina capa de hielo, seguía firme.

Aquel día, igual que las burbujas de una botella de cava ascienden a la superficie por efecto de la presión liberada, recuerdos que hasta el momento habían permanecido inmersos en las profundidades del olvido acudieron a su mente mientras recorría las calles y plazoletas de su ciudad natal. Algunos de ellos emergían con minucioso detallismo. Otros presentaban un aspecto impreciso, como vistos a través de un vidrio esmerilado. Y de todos se nutría, se nutría en abundancia.

### 3

No mucho después, al volver de un paseo vespertino por la mota del río, Diego recibió una llamada inesperada. El teléfono sonó en cuanto hubo cerrado la puerta de entrada. Contó siete timbrazos antes de descolgar; tenía una ligera intuición de quien podría tratarse, y no estaba seguro de querer contestar.

—Hola.

—Te he visto por la calle, ¿sabes?

Diego tensó la mandíbula.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—Verás, no me parecía el lugar ni el momento adecuados para tan esperado reencuentro —respondió Teo—. La vida es una serie de momentos, Diego, y uno tiene que seleccionar muy cuidadosamente cada uno de ellos si quiere hacer de ella una experiencia memorable.

Hubo una pausa, durante la cual Diego se acercó a la ventana y apartó la cortina para mirar a través de ella. Una bolsa de plástico danzaba lánguidamente sobre el asfalto.

—También tenía un poco de prisa —agregó.

—Ya —murmuró Diego, y siguió escrutando la calle desierta.

Una mosca estaba posada en el ventanal. El azul metálico de su cuerpo rechoncho lo distrajo por unos segundos. Golpeteó con los nudillos la cara interna del cristal y el insecto salió disparado al cielo del atardecer.

—Supongo que llamas para quedar.

—En realidad llamaba para saludarte, pero, si te apetece, podemos vernos mañana.

Se hizo el silencio.

—¿Qué te parece en el bar de siempre? —propuso Teo —. Mañana, a las cuatro y media.

Un zumbido de alas diminutas volvió a distraerlo momentáneamente; la mosca de antes arremetía una y otra vez contra la ventana produciendo un crujido quedo y desagradable. Siguió golpeando su reflejo en el cristal en trayectoria descendente hasta que topó con el alfeizar y se perdió de vista, esta vez para siempre.

—Me parece bien.

Hay personas tan estrechamente ligadas a cierta etapa de nuestras vidas que, cuando uno intenta echar la vista atrás, la vasta mayoría de recuerdos que obtiene son aquellos que los conciernen.

Recordaba el árido camino de ida. Lo había recorrido solo, algo rezagado por la expectativa de catástrofe, que parecía acrecentarse conforme avanzaba hacia la edificación de ladrillo crema. Lo primero que pensó al detenerse ante las compuertas eléctricas de la entrada, cuya pátina de pintura roja estaba desconchada en varios puntos, fue en la sangre reseca de alumnos de promociones anteriores.

La clase a la que lo habían asignado era una estancia de paredes desnudas y suelo de granito, sobriamente amueblada con sillas y pupitres de aluminio y un par de armarios de diseño industrial. La atmósfera aséptica parecía más propia de un hospital que de un centro de enseñanza, y Diego no tardó en añorar el aula llena de frases motivacionales y trabajos de arte de cursos pasados que acababa de abandonar en la escuela elemental.

La mayoría eran caras desconocidas, y con aquellas pocas que no lo eran tanto apenas había intercambiado un par de palabras en el parque o las conocía de vista como todo el mundo en aquella ciudad. Se abrió paso entre ellos sin hacer ruido y cogió asiento en el pupitre más alejado, junto a la ventana.

Algunos ya habían hecho migas y parloteaban distraídamente

en pequeños grupos. Un corrillo en particular estaba montando un alboroto considerable. De entre todos ellos había un chico, Lucas, cuya voz se elevaba por encima de la de sus compañeros, quienes habían colocado sus sillas en formación circular a su alrededor y se limitaban a reír sus ocurrencias y añadir frases redundantes. De vez en cuando desviaba el foco de atención e inspeccionaba en derredor con los ojos muy abiertos, como si algo interesantísimo fuera a suceder de un momento a otro. Por instinto, Diego supo que lo mejor era no devolverle la mirada, de manera que hizo uso de su talento natural para resultar lo más anodino posible y se concentró en el paisaje que se veía a través de la ventana; recorrió con la vista las dos canchas deportivas del patio, generosamente dispuestas de canastas y porterías, y prosiguió más allá de los límites, al otro lado de la valla enrejada, donde un camino que serpenteaba entre huertos de limoneros invitaba a saborear la posibilidad de darse a la fuga.

La profesora irrumpió en clase con un cuarto de hora de retraso, cargada con un fajo de papeles que fue repartiendo mientras se disculpaba por la tardanza.

—Yo impartiré la asignatura de Ciencias Sociales. Además de las correspondientes horas tutoriales, claro. Para más información, consulten la guía docente.

Su nueva tutora llevaba un vestido largo vaporoso y lucía bronceado natural. Daba la impresión de haber querido llevarse consigo un pedacito del verano reciente, como si aquello fuera una protección contra la rutina de las clases y adolescentes irrespetuosos que tendría que soportar en adelante. Diego la entendió y compadeció.

—Mi nombre es Ángela, ¿qué os parece si nos vamos conociendo un poco?

Tras una rápida dinámica de presentación dieron por finalizada la clase. Era un día deprimente que nadie en su sano juicio hubiera prolongado más de la cuenta. Ya se oía el tumulto de las sillas arrastrándose cuando, para sorpresa y consternación de todos, un brazo tembloroso se alzó en la primera fila.

—Disculpe, pero he estado leyendo la itinerario que nos ha dado y no he visto por ningún lado el método de evaluación que va a seguir este año.

La profesora pestañeó varias veces antes de contestar.

—¿Cómo te llamabas?

—Francisco, pero mejor Francis.

El chico que dirigía el corrillo de los escandalosos lo tenía ya en el punto de mira. Diego percibió algo depredador en la manera rápida y maquinal con que había girado el cuello hacia él.

—Esto no deja de ser una mera tutoría informativa —dijo la profesora—. No desesperéis: en la primera hora lectiva de cada asignatura se os facilitará información y despejará cualquier duda al respecto.

—Solo pensaba que... Bueno, como usted es la profesora de Ciencias Sociales, tal vez podría adelantarnos los criterios de valoración de su asignatura.

La profesora profirió un suspiro resignado.

—Lo lamento, pero la evaluación de mi asignatura es algo que todavía tengo que ultimar.

—En ese caso, disculpe las molestias.

—No tienes que disculparte por ser un alumno aplicado, Francis —dijo la profesora, y un tenue rosado tiñó el moreno de su rostro—. En fin, la culpa es mía por abandonarme a la pereza pos-vacacional. ¡Ah, se me olvidaba pasar la lista de asistencia! Si me disculpáis un momento...

La profesora abandonó la clase y Francis, por primera vez consciente de la oleada de desprecio que arreciaba desde todos los frentes, se encogió en el asiento y trató en vano de pasar desapercibido.

Los cuchicheos no se hicieron esperar:

—Joder, macho, con lo poco que faltaba para largarnos.

—Siempre tiene que haber uno que dé la nota.

—Puto friki.

El sol de aquella mañana de septiembre, en consonancia con la hostilidad del ambiente, brillaba y sofocaba sin piedad. Diego, que

al estar al lado de la ventana no había hallado cobijo bajo la sombra, sentía sus muslos achicharrarse lentamente por el calor que se adhería al revestimiento de su silla.

Un súbito puñetazo contra la mesa de Francis fue lo que hizo desbordar la tensión.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa contigo, Francisquito?

El aludido emitió un gemido amortiguado. Diego, empujado por un impulso nuevo y seductor, razonó de inmediato que había sido la falta de prudencia de Francis y su afán desmedido por sobresalir lo que habían provocado aquella situación tan desagradable. Por tanto, la paliza que estaba a punto de recibir sería la justa retribución por ser la voz discordante que nadie había pedido. En tales circunstancias, siguió razonando, lo verdaderamente inteligente hubiera sido mimetizarse con el entorno. Al mismo tiempo, como si un lastre hiciera contrapeso con su buen sentido del juicio, la imagen mental de unas gafas destrozadas en un charco de sangre caliente evitó que sucumbiera a la expectación generalizada.

Lucas hizo un ademán de amenaza con el puño; Francis se cubrió el rostro con ambas manos y chilló de una forma bastante ridícula; los pandilleros rompieron a reír; al fondo del aula, Diego experimentó el alivio y la silenciosa gratitud del prisionero que se sabe a salvo de una criba mortal. Fue entonces cuando Teo habló por primera vez:

—Patético.

Y aquella única palabra, expresada en voz baja, se extendió por toda la clase dejando una extraña sensación de anticlímax. Como si, en el apogeo de un incendio, un avión cisterna hubiera derramado su carga sobre el camino de propagación del fuego.

Lo único que se oyó en el incómodo silencio que siguió fue el ensordecedor canto de las cigarras, congregadas en las altas ramas de los pinos del patio.

—¿Qué es patético?

Lucas formuló la pregunta atropelladamente, y al hacerlo una nota de pánico en su voz lo delató. Trató de arreglarlo con una

ristra de insultos que Teo escuchó con aparente fastidio. Incapaz de amedrentarlo, se enfrentó a él y lo apuntó en la frente con un dedo tembloroso.

—Mira, como no retires lo que has dicho voy a asegurarme de que lo lamentos por el resto...

Un bofetón en la mejilla lo obligó callar, trastabillar y, finalmente, caer.

Diego no fue consciente hasta ese preciso momento de cuánto había deseado que los acontecimientos tomaran un rumbo imprevisto. Se deleitó con el sonido límpido, sin eco, que produjo la mano al impactar contra la mejilla del malhechor, y con el hecho de que le hubiera cruzado la cara con el dorso en un acto de sumo desprecio, como si su adversario no fuera digno de ser golpeado con la palma. Pero el regodeo no tardó en dar paso a la incertidumbre; con una palabra y un golpe certero, Teo había trastocado de repente las reglas del juego, dejando al descubierto el patetismo inherente a la pubertad. Movidio por la heroicidad de aquel chico tan singular, Diego se vio obligado a reconocer que el juicio mental que había pronunciado contra Francis, pervertido por la cobardía y la sugestión de las masas, era en verdad *patético*.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces?

Ver a Lucas reducido a un saco de carne balbuceante le hizo preguntarse cómo es que un ser tan lamentable había llegado a incomodarlo más mínimo. Sintiendo henchido de rencorosa indignación, ideó en su mente la respuesta precisa: «¿Que qué hace? Lo mismo que estabas a punto de hacer tú, pedazo de hipócrita».

—Lo que tú nunca te atreverás a hacer —contestó Teo—. ¿Por qué no le has dado el puñetazo que se merecía? Solo te interesa el control y la dominación, pero no tienes lo que hay que tener para ejercerla. ¿Creías que ibas a hacerte de respetar con tus ridículas amenazas? ¿Es que no sabes que la amenaza es el último recurso del bravucón para que no se ponga en duda su autoridad? ¡No ha-

bles, actúa! Eres falso ¡Me das asco!

Y acto seguido le lanzó una mirada de profunda repugnancia. No sería la primera ni la última vez que lo presenciara: la chispa incendiaria que anunciaba el desastre que estaba por venir. Una vez desvelada la materia prima de la que estaba hecha su víctima, nada podría impedir que Teo la retorciera y hurgara hasta liberar el cálido interior líquido. Diego no llegó a saber si empezó aquel día o sucedió algo más de lo que no estaba al corriente fuera de los límites de la escuela. En cualquier caso, Lucas sufrió una transformación interna que no pasó desapercibida por nadie; su instinto depredador fue inhibido y reemplazado por una horrible expectación cada vez que Teo pasaba por su mesa jugueteando con un compás de grandes proporciones.

De poco le sirvió la aparente ventaja numérica que le proporcionaban sus amistades, quienes aprovecharon el altercado para sincerarse con extraños a sus espaldas:

—Siempre ha sido más pose que otra cosa —había llegado a decir Joaquín Gómez, al que conocía desde la guardería—. Ya era hora de que alguien le diera una buena lección.

No fue una gran sorpresa que sus padres solicitaran un traslado a otro colegio a mitad del curso.

Resultaba curioso y hasta cierto punto divertido que hubiera irrumpido en su vida como una especie de justiciero estudiantil. A menudo se preguntaba si su primer año en el instituto habría sido diferente de haber advertido a tiempo su verdadera naturaleza, y la conclusión a la que llegaba tras hacer un dilatado repaso de todas las precauciones que había tenido que tomar, como esconder sus viejos peluches y eliminar las páginas de dibujos animados del historial de búsqueda en los días que usaban su cuarto como enclave, era siempre la misma: el Diego de catorce años era blando y maleable como la arcilla, y su deseo de pertenecer al grupo dominante superaba con creces cualquier noción de lo correcto que pudiera tener.

En su defensa cabe decir que por aquel entonces Teo poseía un magnetismo incuestionable para cualquier joven atolondrado de incipiente agresividad. Prueba de esto era la ingente masa de curiosos en busca de aprobación que lo escoltaba a la salida del instituto, de los cuales solo unos pocos tuvieron el privilegio de pertenecer al selecto grupo que saldría con él los fines de semana.

—La autenticidad es lo que más valoro en una persona —solía decir—. Creo que vosotros sois diferentes al resto. Espero no llevarme una decepción, ¿eh?

Podía imaginarlo en los meses de invierno, envuelto en el humo del cigarrillo que consumía con indolencia y la vaharada ansiosa de sus oyentes, hablando de la hipocresía del mundo y de las «cadenas incandescentes que oprimen y debilitan la voluntad». Solía vestir de negro de la cabeza a los pies, como un sacerdote católico, y en cierto modo como tal ejercía al absolver y penitenciar los pecados dignos de misericordia de sus electos, esas pequeñas máculas que había que pulir a fin de que la obra resultante fuera tolerable a sus ojos. El término más recurrido en sus discursos era la pureza, que, lejos de referirse a la bien intencionalidad o a la abstinencia de deseos carnales, en labios de Teo adquiría connotaciones truculentas.

—Si quieres mi opinión —siempre empleaba la misma coletilla, aun a sabiendas de que su opinión era todo lo que necesitaban oír—, ser un sociópata no es lo peor del mundo. De hecho, si tuviera que nacer de nuevo y me dieran a elegir el tipo de persona en que querría convertirme en el futuro, preferiría ser un sociópata asesino a, por poner un ejemplo, un pusilánime. Por supuesto que va contra mi código moral cometer asesinato, pero todavía más aborrecible es negarse a uno mismo, escoger voluntariamente la subyugación y la debilidad, ¿no creéis? El sociópata puede cometer actos horribles sin remordimientos, actos trascendentes, pero ya se encargan los altruistas y los héroes auténticos de equilibrar la balanza: sus acciones, de contraria naturaleza, son capaces de llenar el vacío del mundo. A su modo, tanto uno como otro son puros,

eternos. Los cobardes, los falsos y los mentirosos caminan por la tierra y vuelven al polvo sin pena ni gloria.

Y su público asentía e intercambiaba miradas cómplices, felices de contar con el beneplácito de un líder que parecía poseer un conocimiento privilegiado del mundo y los vicios que anidan en los corazones de las personas; que Teo fuera un individuo excepcional significaba que ellos, los elegidos, habían de albergar en su interior un ápice de su excepcionalidad.

Al principio, la facilidad de trato de Teo los indujo a una falsa sensación de seguridad. En sus dúctiles mentes se instaló la idea de que, siempre y cuando permanecieran junto a su líder y se limitaran a darle la razón en todo, lograrían eludir su juicio y podrían seguir impregnándose de su sabiduría. Entonces, una plácida tarde de primavera en vísperas del festival cultural, la sangre de una víctima inesperada salpicó el pavimento de la calle. Fue un ataque a plena luz del día, repentino y sin premeditación, como ocurría cada vez que lo enajenaba un vigoroso sentimiento; entornó los ojos como un lagarto del desierto, apretó la mandíbula y dejó que la elevada pureza de su espíritu, en la que confiaba plenamente, más que a nada en el mundo, tomara todo el control de sus miembros. Al verlo hecho un ovillo sobre el bordillo de la acera, con la cara blanca y amoratada incrustada a las rejillas metálicas de una boca de tormenta, por la que discurría un reguero de sangre y saliva hacia la inmundicia del subsuelo, todos fueron presas del mismo temor. Si Francis, quien desde el comienzo parecía más que nadie envuelto un halo de impunidad, había terminado brutalmente apaleado y expulsado del grupo, cualquiera podía correr la misma suerte. Ante el silencio del agresor y la nula disposición de los testigos a entablar contacto con la víctima por miedo al repudio, lo único que podían hacer era especular sobre el tema con la esperanza de hallar una poderosa enseñanza que les ayudara a sortear el desgraciado destino de su compañero. Dada la magnitud del castigo, el error de Francis no podía haber sido un simple desliz, como hablar más de lo que uno sabe o hacer alarde de falsa modestia, porque en

tales casos habría recibido una mirada resabiada por parte de Teo, seguida de la burla y el desprecio, a veces fingido, del resto de los miembros del grupo hasta que se hubiese decidido unilateralmente su readmisión. Algunos afirmaron que se había equivocado al relacionarse con gente poco edificante. Otros llegaron a asegurar que se había gestado una terrible traición por su parte. Lo que todos compartían era la convicción de que el crimen cometido estaba relacionado con una repugnante perversión de la pureza original, y la intuición de que, de haberse concretado, difícilmente habrían entendido del todo. Por primera vez se dieron cuenta de que la permanencia en el grupo, que habían tomado inicialmente como un factor de privilegio, los ponía en una clara situación de vulnerabilidad respecto a los de fuera, pues Teo no solo no se cohibía a la hora de juzgar a sus cercanos, sino que se mostraba mucho menos indulgente con sus errores.

Con todo, siguieron resguardándose a su amparo como tibios conversos al servicio del profeta elegido de una nueva religión. Junto al temor que inspiraba, otro de los sustentos de su autoridad, reflexionaría Diego, resultaba de una serie de resoluciones a cada cual más inesperada. Teo sabía cuando era el momento de adoptar la pose del pensador concienciado y cuando debía apelar al cavernícola que llevaban dentro. Su modo de entender la justicia a menudo iba de la mano de la violencia, pero en más de una ocasión, a la espera de un arrebatado de cólera justiciera, los había sorprendido con un conmovedor alarde de benevolencia, como la vez que había asumido un castigo inmerecido al declararse el autor de una chuleta que no había escrito. Incluso aquellos actos de bondad suscitaban un fervor teñido de culpa y desasosiego en sus seguidores, quienes sospechaban que tarde o temprano se volverían en su contra en forma de brutales escarmientos.

Durante los tres primeros años que abarcaron su estancia en el instituto, la incertidumbre de no saber quién ocuparía el lugar de Francis los oprimía como una niebla atosigadora. En ocasiones Diego asistía a cumpleaños, participaba en maratones deportivas o

veraneaba quince días fuera de la ciudad en un apartamento alquilado por sus padres, pero no eran más que distracciones, elementos accesorios de una trama en la que Teo jugaba un papel preponderante.

Sus prioridades en la vida, como tanto otros, se vieron profundamente trastocadas en segundo de Bachillerato. Fue un año en el que profesores y orientadores se encargaron de recordarles con angustiosa constancia que sus éxitos y fracasos posteriores quedarían supeditados al rendimiento que ofrecieran en un lapso de tiempo ridículamente corto. Con voz ominosa les advirtieron de las oportunidades perdidas y las decisiones irrevocables, al tiempo que animaban a encarar el curso final como una encarnizada lucha diaria que tendría como sangriento telón de fondo la selectividad. El mensaje que subyacía era claro y contundente: los días de juego estaban llegando a su fin.

Puesto que no era capaz de recordar un momento concreto de toma de conciencia, Diego deducía que el distanciamiento había sido gradual, un proceso que se había ido gestando en paralelo a sus esfuerzos por cimentar su futuro. Su disposición a cumplir las expectativas de sus docentes, al principio titubeante, fue reafirmando con cada visita al orientador psicopedagogo. Aprendió a darse a la tarea con dedicación y persistencia, cosechando así elogios, calificaciones notables y un aumento considerable de la paga semanal. Pronto comenzó a recrear en su mente, con todo lujo de detalles, la que sería su vida al cabo de unos años: en la universidad encontraría sus amistades definitivas, con las que podría beber legalmente y charlar sin sentirse amenazado; obtenida la licenciatura en Matemáticas, trabajaría administrando empresas, en la banca o en finanzas; dispondría de tiempo libre y holgura económica suficiente para comprar un libro o dos al mes, acudir al cine los fines de semana y ver maratones de series de televisión junto a una chica que compartiera sus gustos; no tendría hijos pero sí una fiel mascota, tal vez un perro llamado Toby o algo así; viviría en un piso adosado de colores suaves y arenosos, y cada mañana se asomaría al

balcón, taza de café en mano, para saludar a sus encantadores vecinos; en verano, continuando con la tradición familiar, se trasladaría con sus padres a un chalet alquilado en la costa, donde disfrutaría del apacible pulso de la vida. Conforme el futuro se presentaba cada vez más vasto, resplandeciente y repleto de posibilidades, el influjo de Teo menguaba como una sombra al mediodía. Pequeños indicios que hubieran resultado imperceptibles a la mente torpe y alienada de su yo de catorce años (un empleo sospechoso de algunos términos enrevesados en momentos puntuales, el hecho de que siempre tuviera un amigo importante en cualquier esfera y rincón del planeta que avalara sus opiniones) adquirieron de repente una gran relevancia. Desde una distancia prudencial, despojado al fin del prisma defectuoso de la adolescencia, Diego pudo verlo tal cual era en realidad: un fraude que ocultaba su inexperiencia bajo un manto de calculada ambigüedad.

Para cuando dio comienzo la universidad, la presencia de Teo en su vida ya se había reducido a breves instantes de evocación. De vez en cuando se detenía junto a un árbol donde cantaban las cigarras, rememoraba fugazmente el caluroso primer día de instituto y proseguía su camino sin perder tiempo.